Bajo el mismo cielo

El *Winnipeg* rumbo a Chile

Núria Martí Constans

Ilustraciones de Judit Canela

la mar de fàcil
editorial

PRESENTACIÓN

Los años que van de 1936 a 1939,
en la primera mitad del siglo xx,
fueron muy difíciles para los españoles,
enfrentados en una guerra civil,
cruel e inhumana como todas las guerras.

Durante la tragedia,
un poeta y político de América del Sur
llevó hacia Chile, su país, a más de 2.000 personas
a bordo de un barco, el *Winnipeg*.

El poeta se llamaba Pablo Neruda,
y enseñó al mundo
qué era comprender a los demás
y estar cerca de ellos.
Qué era ayudarlos.
Dicho de otra manera,
enseñó a todos qué era la solidaridad.

El 4 de agosto de 1939,
desde el puerto francés de Trompeloup,
cercano a Burdeos,
el *Winnipeg* partía rumbo a Valparaíso.

Con este libro queremos recordarlo.

PRIMERA PARTE

DE CAMINO A FRANCIA

Eran los últimos días de la Guerra Civil en España.
En Figueres, al norte de Cataluña,
las bombas caían una tras otra
con un ruido ensordecedor.

Las casas se hundían.
Hombres y mujeres corrían por las calles,
llorando de miedo y de dolor.
Había llamas y humo por todas partes.

Teresa y su hija Miranda
se habían refugiado en la escuela
porque su casa solo era un montón de escombros.
Ya no tenían familia.

El padre de Miranda había muerto hacía días
en una cruel batalla cerca del río Ebro.
Y sus abuelos habían quedado enterrados
bajo las paredes de la casa destruida por las bombas.

Teresa y Miranda, que solo tenía 8 años,
estaban muy asustadas.
Sentadas en el suelo, bajo una mesa,
se abrazaban con fuerza,
cerraban los ojos y temblaban.
Solo querían huir.

Cuando los aviones dejaron de lanzar bombas,
se levantaron.
Teresa cogió la mano de la pequeña Miranda
y las dos salieron al patio de la escuela.
Se pusieron a andar deprisa hacia la estación.

—¿Hacia dónde vamos, madre?
—preguntó Miranda.

—Nos marcharemos a Francia, el país vecino,
porque allí no hay ninguna guerra
—le respondió Teresa.

La estación estaba llena de gente
y los trenes estaban parados en las vías
con las puertas cerradas.

Algunos hombres gritaban
para que viniera el jefe de estación y las abriera.
Otros golpeaban los cristales de las ventanas.
Muchos niños lloraban,
se pasaban una mano sucia por la cara
y con la otra se agarraban a la falda de su madre.
Todo el mundo miraba de un lado a otro
sin saber qué hacer.

Entonces llegaron unos soldados con fusiles
que, al momento, abrieron las puertas de los trenes.
Enseguida, la muchedumbre se puso a gritar
y a correr hacia los vagones.

En pocos segundos, las entradas de los trenes
quedaron bloqueadas con muchos hombres, mujeres,
niños, niñas, abuelos y abuelas que querían subir.

Teresa, muy angustiada,
pensó que si se acercaba a un tren,
con los golpes y los empujones,
podía escapársele la mano de la pequeña Miranda.
Y se quedó de pie donde estaba, con su hija al lado.

Además, no estaba segura
de que aquel tren fuera realmente a Francia.

—Iremos a pie hasta Francia.
A ti te gusta andar, ¿verdad?
—dijo Teresa a Miranda.

Y Miranda afirmó con la cabeza
sin decir nada de nada.

Muy tristes, se dieron la vuelta
y empezaron a caminar hacia la carretera.

Nada más llegar,
vieron que había muchas personas
que avanzaban hacia el norte.
Los hombres, abatidos, con la mirada perdida,
cargaban sobre su espalda
colchones de lana enrollados y atados con cuerdas.

Las mujeres llevaban en brazos a niños
envueltos en manteletas húmedas por el frío.
Era el mes de enero.


FRANCIA
FRONTERA
4KM

Cuanto más se acercaban a los Pirineos,
las montañas que tenían que cruzar
para llegar a Francia,
sentían más intensa, en la cara, la fuerza del viento.
Caían copos de nieve
y los campos estaban helados, blancos.

A ratos, Teresa llevaba a Miranda a cuestas
para darle un poco de calor.

También pasaban asnos
que acarreaban en el lomo a hombres heridos
y camiones llenos de soldados derrotados,
delgados y mal vestidos.

El camino era muy largo y tenía mucha pendiente.
Además, los aviones enemigos aún los perseguían.
Desde el aire, disparaban ráfagas de tiros
con las ametralladoras,
matando a muchas personas
que quedaban tendidas, con los ojos abiertos,
en los márgenes de los caminos.

Estuvieron andando horas y horas
hasta que llegaron a la frontera muy cansadas,
con los pies mojados y las manos entumecidas[1].

Esperaban que los franceses
los recibieran con los brazos abiertos.
Pero los policías franceses no dejaban pasar a nadie.

Teresa estaba desesperada.
¿Cómo iban a continuar?
¿Cuándo podrían comer? Tenían mucha hambre
y solo les quedaba un trozo de pan seco
que un buen hombre les había dado por el camino.

Se sentaron en el suelo,
que estaba muy frío y empapado de agua sucia.
Teresa cogía a Miranda. No la desamparaba.
La abrazaba fuerte, muy fuerte.

1. Dormidas, como paralizadas. En este caso, por el frío.